

VISIÓN DE ETERNIDAD¹ (II)

Introducción

Vivimos en el mundo del dolor y de la desesperanza. La palabra de nuestro siglo es la "angustia"; la amargura... la angustia hasta la locura, la pérdida de toda esperanza... epidemias de suicidios. Y uno comprende: lo único que han amado, en lo que han creído, está destruido o desmoronado. Raza, Patria, bienes materiales, amor, todo liquidado; el pasado, dolor; el presente en la angustia y el futuro en la incertidumbre total.

Y sin embargo el mundo ha sido creado por un Dios Padre, redimido por el Hijo, en una efusión de amor, y está animado por el Espíritu, cuyo nombre, el Paráclito = Consolador. Si miramos nuestra vida a la verdadera luz de la fe, no tenemos sino razón para anidar la confianza y el optimismo muy adentro, pero a condición que queremos mirar el mundo con ojos de fe, juzgarlo con ojos de fe.

La pequeñez de esta grandeza.

El anciano Jacob al morir decía: "*El tiempo de mi peregrinación es de 130 años. Pocos y malos han sido los días en los años de mi vida; y no han alcanzado los días de los años de mis padres, en los días de su peregrinación*" (Gén 47,9). ¿Por qué el anciano Patriarca llamó pocos a sus días, cuando vivió el doble de lo que nosotros? ¿Por qué los llamó malos, cuando tuvo riqueza, honores y lo que es más, la gracia de Dios? Y sin embargo describió sus días como malos, cortos, una peregrinación... El Patriarca alude a la vida más larga de sus padres, pero no fue la causa de su lúgubre discurso que Abraham hubiera vivido 175 años, Isaac 180 y él, cuya vida no había terminado, iba en los 130. Cuando el tiempo ya ha desaparecido, no importa nada cuán largo haya sido; y por esto el Patriarca se quejaba, no por los pocos años sino porque tocaba a su fin. Cuando la vida ha pasado, lo mismo da que haya durado 50 o 200 años. Esta es la característica del hombre desde que nace: Mortal, que lo hace igualmente pobre. Todos los aspectos en que los hombres difieren: salud, riqueza, etc., desaparecen ante su común destino, la muerte. Los años que se han ido no le dejan más consuelo, que sus buenas acciones.

Si Jacob hubiese vivido como Matusalem, también hubiese llamado corta su vida. Aunque parezca contradicción, las horas pueden parecer largas, pero los años son cortos y desaparecen sin dejar rastros. La duración es como polvo y nada pesa en comparación con un momento de la vida interior (aludir a Human Destiny²).

Tenemos un principio espiritual en nosotros sumamente exigente: A cada momento esperamos algo grande y nos sentimos desilusionados al ver lo poco que

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, pp. 177-180.

Archivo Padre Hurtado, s52y06. Esta meditación pertenece al primer día de un retiro predicado en Semana Santa de 1948, a un grupo de jóvenes. Hacia poco el P. Hurtado había regresado a Chile después de participar en las Semanas Sociales de estudio en Francia, describiendo la desastrosa situación de la Europa de la posguerra.

² Human Desf/ny, escrito por Fierre Lecomte du Noüy (1883-1947).

hemos hecho. Es la sed, el tormento de infinito³. La vida de aquí promete y nunca cumple.

Promete y no cumple

La vida terrena nos promete la inmortalidad, sin embargo es mortal: contiene la vida en la muerte y la eternidad en el tiempo, y nos atrae con comienzos que sólo la fe puede llevar a término. La conciencia nos está hablando cada día de inmortalidad. Al ver, sobre todo, a los hombres genios y sabios, vemos tal desproporción entre los dones de que están dotados y el tiempo de que disponen para usarlos, que la mente no puede menos que pensar que se requiere otra vida en que se puedan desarrollar tantas promesas apenas mostradas. Cuántos temperamentos generosos mueren en la pobreza. Cuántos inteligentes que no pudieron emplear su genio, ni ser comprendidos... ¿Habría fracasado? ¿Su espíritu no logró su objetivo? Llegó a anciano, murió... sin desplegar sus cualidades. Esto nos lleva a pensar en una vida futura en que estas cualidades se muestren y actúen. La excelencia de nuestras cualidades nos presenta esta vida como ruinoso. La ruindad de la presente nos hace presentir la eterna⁴. La perspectiva de esta vida imparte grandeza y dignidad a ésta, y de ahí que esta vida sea a la vez, grande e insignificante.

Y si esta vida es corta, por larga que sea, dada la gran desproporción entre ella y los poderes del hombre regenerado, lo es más en el caso de ser interrumpida por una muerte prematura. Hay hombres que demuestran rápidamente su sobrehumana grandeza y a los cuales no les hubiera bastado una vida larga para llegar a la perfección de tales virtudes... súbito llegan a su fin y, cuando los perdemos, vemos que apenas hemos tenido tiempo de conocerlos. ¿Podemos dejar de creer que no han sido trasladados a otro lugar para cumplir una misión más noble?

Existe algo en la verdad moral, en la bondad, en la fe, en la firmeza, en la humildad, en el valor, en la amabilidad, que no se llena en este mundo y para lo que resulta insuficiente la vida más larga... Por eso decimos a su muerte: "*No demostró ni la mitad de lo que pudo; se desvaneció como el humo, se marchitó como la hierba*".

Pero esta misma contrariedad nos da esperanza. Pues si esta vida se muestra tan poco acabada, seguramente no puede ser ella la verdadera vida... Si vemos el fin de los justos tan parecido al de los malos, a veces en dolores, inconsciencia, ¿no podemos pensar: la manifestación de los hijos de Dios será después? Algún día brillará como el sol en el reino de su Padre⁵.

El momento separación

³ Aparece un tema típico de la literatura mística: la desproporción entre el deseo del hombre y sus realizaciones, desproporción que es expresada con la metáfora de la sed, de la herida y otras.

⁴ La vida terrena es frágil e injusta. Ello nos lleva al siguiente dilema: o l es absurdo y sin sentido, o hay otra vida donde se pueda plenificar lo que aquí apenas vislumbramos.

⁵ 90 En el manuscrito, están anotadas al margen por el P. Hurtado las pruebas de la Escritura que confirman lo que está diciendo: "*Pruebas de la revelación: llenan todo el NT que suponen inmortalidad; Único mal; amenazas infierno; a Puerta angosta; la 2a venida; San Pablo; cupio disolvi; la resurrección; miserabiliores; si no hubiese sitios os lo hubiese dicho*" (s52 y 06). Insiste en que la vida actual, considerada en sí misma, tiene poco valor, pero tiene un valor inestimable por ser el único medio para alcanzar la Vida definitiva.

Sorpresa es sin duda la que experimenta el cristiano fiel al separarse del cuerpo y darse cuenta de que su prueba ha llegado definitivamente a su fin. Al separarse del cuerpo, el espíritu sin duda que experimentará un sentimiento feliz: *Así es que todo lo demás pasó y esto es lo que he esperado tanto tiempo; por lo que tantas veces desfallecí... trabajé y sufrí. La muerte se ha ido. ¡Ah! ¿Será posible? ¡Qué prueba tan fácil! ¡Qué precio tan bajo para la vida eterna! Alguna enfermedad, algún dolor agudo de vez en cuando, algunas luchas espirituales, contradicciones. ¡Cuánto me heristeis cuando pensé en vosotros!, y ¡qué pocos sois ahora! La vida humana encerrada en el marco del mundo es despreciable, pero a su verdadera luz, es cual diminuta semilla que produce la gloria eterna.*

Esta vida es apenas más que un accidente de nuestra existencia; es algo así como un escenario exterior a nuestro espíritu que se nos da para que respondamos si amamos o no a Dios y su voluntad de caridad. Esta vida es sueño, sueño serio... pero, en sí, es como una sombra sin substancia frente a la gran realidad divina.

Ama este mundo, no lo desprecia, se interesa por él porque es el camino del otro, es la obra de Dios, pero su término es Dios en cuya comunión íntima aspira a perderse.

Esta vida es el estadio en que se lucha por la otra; el campo de trabajo, en colaboración con Cristo, para preparar el día sin sombras, para gloria de Dios y de los que acepten su voluntad. Pero mirada en sí, sin relación a la otra, esta vida es vanidad de vanidades⁶. Podemos ser pobres o ricos, jóvenes o viejos, ricos o pobres, mas todo esto no debería afectarnos más que una comedia que representamos. El único deseo que debe impulsarnos es ver a Aquel, que hoy está oculto de nosotros, y los que en Él viven.

¿Qué tenemos que ver nosotros con este mundo mirado en sí, nosotros que hemos sido bautizados para el otro? ¿Por qué ansiar una larga vida, crédito y bienestar, sabiendo que toda la dicha nos aguarda, y para siempre, si vivimos en Cristo? ¿Por qué descansar en este mundo, cuando tenemos el descanso eterno? ¿Por qué contentarnos con lo que se nos ofrece a flor de tierra en vez de apropiarnos de lo que está atesorado en sus entrañas? A aquellos que viven por la fe, todo lo que ven les habla del mundo futuro: sol, luna, estrellas... flores... son símbolos y representaciones que les señalan las obras invisibles de Dios. Todo lo que vemos está destinado a ser floración celestial y transfigurado en gloria inmortal. El cielo está actualmente fuera de nuestra vista, pero pronto aparecerá, cuando se derrita la nieve que nos impide ver el tesoro oculto. En aquel día, las sombras se retirarán y la substancia se mostrará. El sol se tornará pálido ante el esplendor de quien él es su imagen, el Sol de justicia. Las estrellas, ángeles y santos que circundan su trono.

¡Ven, Señor Jesús, a poner término al tiempo de la espera, de los cuidados!

Ojalá podamos aprender la lección de este mundo y mejorar el regalo de la vida, y así, al notar que se marchita, nos regocijamos de ella como de un don precioso. Ojalá no nos sintamos manchados con faltas pasadas... si no fuera por esto, con qué alegría saludaríamos cada nuevo mes, cada nuevo año, como señal que Nuestro Salvador está más cerca de nosotros que antes.

⁶ Cf. Qohelet 1,2.